

Reseñas



Martínez Gázquez, José & González Muñoz, Fernando, *Alchoran siue lex Saracenorum. Petro Cluniacensi Abbate precipente a Roberto Ketensi translatus. Glossae in Alchoran fortasse a Petro Pictaviense redactae*. Edición crítica y estudio, col. «Nueva Roma» 55 (Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2022). 580 pp. ISBN: 978-84-00-11042-0.

La presente edición es el resultado de un proyecto de investigación internacional que se ha preocupado por rescatar todas aquellas fuentes escritas que nos permiten rastrear las relaciones entre las culturas que componen el Mediterráneo durante las Edades Media y Moderna. Los profesores Martínez Gázquez, de la Universidad Autónoma de Barcelona, y González Muñoz, de la Universidad de Santiago de Compostela, se han ocupado de la que se considera la primera traducción del Corán al latín. La trayectoria de Martínez Gázquez ha estado estrechamente ligada a la investigación sobre el ‘Corpus Islamolatinum’, es decir, de todas aquellas obras que se encargaron, en la Europa occidental, de profundizar en el conocimiento del islam, algunas de esas obras, traducciones latinas del árabe y composiciones polémicas. No podemos desligar este interés del ‘renacimiento del siglo XII’ ni mucho menos del fenómeno de las Cruzadas y la presencia occidental en los territorios islámicos del norte de África y Oriente Medio.

El estudio introductorio (pp. 11-201) hace un repaso por la Historia del conocimiento que en el Occidente europeo se tenía del texto coránico, aspecto en el que tuvieron un papel destacado los cristianos de Alandalús, los mozárabes. Porque si algo queda de sobra demostrado en este trabajo, es el papel de la península ibérica como puente entre las dos esferas culturales, la árabe-islámica y la latina-cristiana. No en vano, la traducción del Corán al latín habría comenzado en Nájera como consecuencia del viaje que realizó Pedro el Venerable a Hispana en torno a 1142. Fue todo un equipo de traductores ligados a la orden de Cluny quienes se encargaron de llevar a cabo los trabajos, diseminados por diferentes ciudades castellanas y leonesas. La figura de Pedro de Toledo se perfila como el artífice ‘editorial’ del Corpus Islamolatinum por su mayor familiaridad con los textos islámicos.

Quizás uno de los aspectos que más puedan llamar la atención es la intencionalidad de hombres como Roberto de Ketton (el encargado de traducir el Corán) o Hermann de Carinthia al abordar la tarea de aproximarse a este tipo de textos. Lo que ponen de relieve Martínez Gázquez y González Muñoz, es la ambivalencia de los traductores con respecto a la importancia de su trabajo. Señalan el miedo con el que están trabajando; miedo a que sus

principios religiosos, cristianos, se tambaleen. Ketton y Hermann de Carinthia se exponen al riesgo de ‘contaminación’ religiosa para ofrecer los materiales necesarios para combatir al enemigo. El Corpus Islamolatinum forma parte de la ‘literatura de combate’. No hay por tanto un interés por comprender al *otro* si no es para descubrir sus puntos flacos. Dos de los apartados más interesantes del estudio son los que se ocupan de la forma en que se llevó a cabo la traducción del texto coránico, con las correspondientes adaptaciones del léxico y la sintaxis del árabe al latín. Y lo son porque nos permiten entrever esos condicionantes ideológicos de fondo. Pero también cómo ha evolucionado el trabajo de los traductores desde la Edad Media.

La parte más laboriosa de cualquier edición crítica de cualquier texto premoderno es la valoración de los manuscritos y sus familias; establecer las relaciones entre todos ellos para ver las diferencias existentes. En este caso, la amplísima difusión del Corpus... por Europa hace que haya numerosas copias con numerosas variantes: no todos los códices contienen las mismas piezas. Por esa razón, el trabajo de ambos editores ha sido el determinar cuál de ellos debía servir como base para la edición crítica. El códice considerado el más antiguo es el París, BnF, Bibliothèque de l’Arsenal 1162, de mediados del siglo XII, y ha sido a partir de él que se han establecido las diversas familias que han servido para alimentar el aparato crítico que acompaña a la edición del texto.

Este estudio introductorio tiene otro valor, a mi juicio, importante en cuanto que incluye la traducción de los prólogos que Roberto de Ketton escribió para el *Alchoran* y la *Chronica Mendosa* (pp. 53-60), que permiten un acercamiento al contenido de ambos textos. En ellos se aprecian ciertos rasgos que ponen de manifiesto que el fin de estas traducciones era servir de base para la literatura apologética, para dar argumentos en los debates con los musulmanes. Llama la atención el uso de un vocabulario bélico —que dio para un estudio de Martínez Gázquez al respecto—, lo cual no es tan raro si tenemos en cuenta que los principios cluniacenses inspiraron a las principales órdenes militares. Bernardo de Claraval, incluido en el Corpus Islamolatinum, fue el ideólogo del Temple y, de forma indirecta, de la de Calatrava. No obstante, el recorrido de ambos prefacios no concluye aquí.

Como tampoco se circunscribe la importante de este Corpus a época medieval. Con la invención de la imprenta de tipos móviles, parece cobrar una nueva vida. En 1543 apareció en Basilea la primera edición impresa del *Alchoran* y los responsables fueron Theodor Bibliander y Johannes Oporinus. Los tres tomos que dieron a la imprenta recopilan no sólo esos ‘textos fundacionales’ sino otros que se fueron componiendo con los siglos, a raíz del miedo que desató la amenaza de los turcos otomanos. Pero a la necesidad de contar con textos de defensa frente al islam, se le suman las preocupaciones filológicas que trajo aparejadas la Reforma protestante. Porque este proyecto tuvo su origen en la Europa protestante y de ahí se extendió al resto. Llama la atención comprobar cómo muchos de los textos recogidos por Bibliander pertenecen a la Europa católica y que un mercado importante para ella fueron precisamente países como Italia, Francia o la propia España.

Puede que este sea uno de los valores de este trabajo, el desvelar las múltiples capas de un texto, en este caso una traducción del Corán. Porque la interculturalidad que se puede

rastrear en él tiene que ver también con el contexto, con el hecho de que haya servido a enemigos irreconciliables como católicos y protestantes. Lo que hay también detrás de esta labor de divulgación por parte de Roberto de Ketton primero y Theodor Bibliander después, es la creación (consciente o no) de una determinada identidad. Identidad que se construye en negativo con respecto al otro, en este caso a lo islámico, árabes y turcos, dependiendo de la coyuntura histórica. Es en definitiva un reconocimiento tácito de la existencia del otro por más que se base en el miedo y la contraposición.

De la edición crítica del *Alchoran* (pp. 203-556), además de las lecturas de varios manuscritos, con las diversas alternativas que estos contienen, lo más importante es la inclusión de las glosas marginales que permiten reconstruir la historia de cómo se leyó el manuscrito. Transmiten los intereses del copista y los lectores; el nivel de uso de la lengua. Estos paratextos son tan importantes como el texto mismo por lo que nos aporten, por lo que es un acierto incorporarlos a la edición como hacen Martínez Gázquez y González Muñoz. Forman también parte de esos niveles de lectura que he señalado anteriormente, lo que enriquece y aporta valor al trabajo reseñado. Un trabajo siempre necesario de recuperación y divulgación del patrimonio bibliográfico que pone de relieve la complejidad del mundo mediterráneo medieval y moderno.

Carlos Martínez Carrasco
UCO – C.E.B.N.Ch.